

## LA JUVENTUD DE BUENOS AIRES EN LA GUERRA CON EL PARAGUAY

"...No sientas mi pérdida hasta el punto de sucumbir bajo la pesadumbre del dolor. Morir por su patria es vivir, es dar a nuestro nombre un brillo que nada borrará..."

(Domingo Fidel Sarmiento, 21 de septiembre de 1866).

### 1. *Ataque de Corrientes: reacción en Buenos Aires.*

Las palabras que encabezan estas líneas son escritas en un campamento argentino, levantado en medio del territorio paraguayo, por un joven que aun por su corta edad, no es ciudadano, pero que siente viva en su corazón la llama ardiente del patriotismo. No fue Domingo Fidel Sarmiento el único que reaccionó de esa manera cuando llegaron a Buenos Aires las noticias de que algunas fuerzas paraguayas atacaban impunemente a dos barcos argentinos. Esta decisión de Francisco Solano López, llevada a cabo después de la negativa del presidente Bartolomé Mitre de autorizarlo a pasar por la provincia de Corrientes, tuvo honda repercusión en los círculos de la ciudad de Buenos Aires. Estaba muy cercana todavía la época de la mazorca y de las luchas internas como para no encontrar doloroso eco en la ciudad rioplatense. Así es como a la sorpresa sigue la repulsa indignada (1). Los grupos del pueblo quieren acción rápida por parte del gobierno, y de entre esos grupos, uno es el que se destaca por su fogosidad e ímpetu: la juventud idealista, que a los vítores por la patria reacciona y se apresta a marchar contra lo que considera un avasallamiento de la soberanía territorial argentina.

Muchos son los voluntarios que en abril de 1865 se ofrecen para ingresar en las filas de los regimientos que febrilmente comienza a organizar Mitre. Al conjuro de su famosa frase: "...¡Ciudadanos, en tres días en los cuarteles, en tres semanas en la campaña, en tres meses en Asunción!", la juventud se arrebata totalmente, y en su seno descuellan los estudiantes (2). Ahora improvisados soldados, dejan los claustros universitarios para internarse por los esteros correntinos; abandonan las serenas jornadas de estudio para cumplir las órdenes de sus superiores militares. Empuñan las armas, por primera vez muchos de ellos, para dispararlas contra fuerzas muy adiestradas y tenazmente disciplinadas. Hay inscriptos muchos nombres que la

(1) *Proclamas y cartas del Mariscal López*, Buenos Aires, 1957, p. 138.

(2) GONZÁLEZ ARRILI, BERNARDO, *Leandro N. Alem. Una vida atormentada*, Buenos Aires, 1939, pp. 27-28.

historia más tarde recojerá en sus inmortales páginas: Leandro Alem, Pedro Goyena, Carlos Pellegrini, Francisco Paz, Aristóbulo del Valle, José de Elizalde, Dominguito Sarmiento, Miguel Martínez de Hoz, Alejandro Díaz, Julio Argentino Roca, Dardo Rocha, Enrique B. Moreno. ¿Cuántos más permanecerán ignorados en la bruma del tiempo, perdidos sus restos en tierra extranjera, sin haber sido ni siquiera sepultados en postrer acto misericordioso?.

Todos caen en el vértigo castrense, hasta el hijo del vicepresidente de la república, Francisco Paz, siente ese impulso irresistible de acudir a las armas:

"...Por todas partes el ruido del tambor marcando el compás del paso; los toques de clarín, los relinchos de los caballos, voces de mando, ruido de pasos uniformados, choques de armas, y «alertas» de centinelas formaban el gran concierto que alegraba el espíritu de los que se preparaban para «morir ó matar...»".

describe Ignacio Fotheringham en páginas memorables (3).

El citado autor narra el entusiasmo y la idiosincracia de quienes integran los batallones bonaerenses, entre los que él también formó parte:

"...un lindo batallón de trescientas cincuenta plazas, sin contar su banda guerra y su banda de música, dirigida por el entonces teniente D. Saturnino Filomeno Veron... Sus jefes Carlos Keen y Dardo Rocha; capitanes Schneider, Calderón, Viana, Ortega y Enciso. Entre los oficiales muchos que figuraron más tarde en el ejército de la diplomacia, en la alta política... Una oficialidad cultísima y la tropa, la mayor parte rudos paisanos de la campaña de Buenos Aires, tez bronceada, manos callosas, y corazones intrépidos..." (4).

Talento y laboriosidad, estudiantes y campesinos, libros y arados, todo amalgamado bajo una sola bandera y bajo un solo sentimiento: repeler al invasor. Dos divisiones marcharán con el nombre de *Buenos Aires*: la primera compuesta por los jóvenes de la ciudad, y la segunda por los de la campaña. Serían de los últimos en partir, pero no tardarían en mostrar sus aptitudes, su viril entusiasmo y su garra militar (5).

Todo es conmoción en Buenos Aires, y la ciudad despidе a sus hijos con alegría, porque sus rostros no están contristados sino ani-

(3) FOTHERINGHAM, IGNACIO, *La vida de un soldado o reminiscencias de la frontera*, 2 vols., Buenos Aires, s/f., t. I, p. 73.

(4) *Ibidem*, I, 66. Marcos Paz recomendó a Mitre a su hijo Francisco, quien para unirse al ejército argentino, abandonó su próximo viaje a Londres donde se consagraría a estudios de ingeniería. (ARCHIVO DEL GENERAL MITRE, Buenos Aires, 1911, t. V, p. 326, Marcos Paz a Bartolomé Mitre, Buenos Aires, 20 de abril de 1865).

(5) FOTHERINGHAM, *La vida de un soldado, etc.*, I, 63.

mosos, brillante la mirada por el reflejo que le transmite su fuego interior. Los días venideros serían testigo de su coraje y nobles prendas de valor.

## 2. Situación del país: Buenos Aires y las provincias.

El diario LA TRIBUNA de Buenos Aires publica incendiarios artículos con el fin de exaltar el "patriotismo vacilante..." de la nación (6). Se debe esto a que el panorama político argentino no se ofrece seguro para los fines de la defensa del país, más allá de los límites de Buenos Aires. Lejos está aún el país de ofrecer la estabilidad necesaria a las instituciones y al gobierno nacional. Las catorce provincias que componen el cuerpo territorial argentino, no están ligadas en absoluto en forma firme con el gobierno central. Hay un resquemor latente contra la ciudad y la provincia de Buenos Aires, que de hecho tiene preponderancia en los negocios militares y financieros.

Los choques entre las provincias y Buenos Aires vienen de tiempo antes. Desde que la Constitución de 1853 no es aceptada por ésta y se produce su separación del resto del país, son dos políticas distintas en la práctica, aunque ambas sueñan con la organización definitiva. Domina una de ellas primero, la de las provincias con Urquiza al frente. Le sigue desde 1862 la supremacía de la otra, con Bartolomé Mitre a la cabeza. No cabe en este trabajo entrar en el análisis de las corrientes políticas que agitaron al país en tales momentos. Empero, merece ser consignado un hecho: el sentimiento de Buenos Aires frente a la guerra no es igual al de las provincias. Ve los problemas desde ángulos diferentes, y es tocada por ellos de manera casi opuesta.

Declarada la guerra, Argentina es puesta en estado de alarma. Se aumentan los efectivos de las tropas de campaña. Mitre emite proclamas, reúne al Congreso con carácter extraordinario, notifica la nueva situación a los ministros extranjeros, declara el bloqueo a los puertos paraguayos y envía a las autoridades provinciales, pidiendo la remisión de efectivos. Se nombra al capitán general Justo José de Urquiza al frente de la aguerrida caballería entrerriana y como tal, su preocupación se contrae a reclutar la mayor cantidad de hombres para destinarlos al frente de guerra. Urquiza pide efectivos, pero sus subordinados no lo apoyan. López Jordán le contesta con la expresión tan conocida:

"...Ud. nos llama para combatir al Paraguay. Nunca, general. Ese pueblo es nuestro amigo. Llámenos para pelear a porteños y brasileños. Es-

(6) SÁENZ HAYES, RICARDO, *Miguel Cané y su tiempo*, Buenos Aires, 1955, p. 53.

tamos prontos. Esos son nuestros enemigos. Oímos todavía los cañones de Paysandú. Estoy seguro del verdadero sentimiento del pueblo de Entre Ríos..." (7).

Resuenan todavía entre los entrerrianos los disparos de los navíos brasileños, efectuados contra la vecina Paysandú, el año anterior. El pensamiento de López Jordán, compartido por muchos, no sólo entraña aversión a la guerra; es la reacción unánime, el sentir de las provincias ante la preponderante influencia brasileña, a cuyo lado se alistan ahora los intereses porteños.

El mismo Urquiza, tiempo antes, no estuvo de acuerdo con el gobierno de Buenos Aires con respecto a las relaciones con el Imperio, y así se lo expresó a Mitre: "He calificado a la alianza con el Brasil de odiosa, por que así lo es para el país, porque tal es el sentimiento general, que V. E. tiene ocasión de apreciar también. Si no lo fue en el año 51, en otra ocasión y con un gran fin, lo es hoy indudablemente (8).

Ahora, vulnerada la soberanía nacional, su reacción es muy otra. Respetuoso del gobierno e inspirado por altos sentimientos de patriotismo, acude a su lado y le presta incondicional apoyo. Ningún pueblo del interior será adicto a ir contra un país que, por tradición, es considerado hermano y amigo. Las provincias litorales comprendían la imperiosa necesidad de repeler la invasión, pero no actuaron como parte integrante de la Nación, sino que obraron en muchas ocasiones, guiadas por criterios e intereses particulares. Las provincias restantes, más alejadas del punto neurálgico de la cuestión, no encontraban favorable para ellas el envío de efectivos, imprescindibles para vencer al indio y para mantener la paz dentro de sus propias fronteras.

"...Yo no comprendo bajo que combinación estratégica el Presidente ha pedido contingentes a provincias tan apartadas del teatro de la guerra, y contingentes de guardias nacionales tan reclutas y tan caros. Abierta como está la campaña y adelantadas las operaciones militares, llegarán a tiempo estas fuerzas? Yo creo que no y que habremos hecho sacrificios inútiles no sólo por los gastos ya invertidos, sino por la alarma que ha causado la reunión de fuerzas, haciendo huir la jente del servicio y del trabajo...." (9).

Tales son las palabras de José Posse, gobernador de Tucumán.

Hay motines y desertiones. Pero lo que es quizá peor, hay indiferencia por un hecho que lesiona los principios de derecho interna-

(7) BRAY, ARTURO, *Solano López. Soldado de la gloria y del infortunio*, Buenos Aires, 1958, 2a. ed., p. 190.

(8) *Ibidem*, p. 191.

(9) ARCHIVO DEL CORONEL DOCTOR MARCOS PAZ, publicación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, 5 vols., La Plata, 1962-1964, t. IV, pp. 16-18, José Posse a Marcos Paz, s/l. (Tucumán?), 19 de junio de 1865.

cional, agravado todavía por que es el propio país el que sufre esa agresión. Sólo Buenos Aires estalla de indignación. Sus calles son espectadoras de la conmoción juvenil. Allí latén los sentimientos de solidaridad nacional, heridos por el agravio que se les acaba de inferir. Ignacio Fotheringham, testigo de aquel singular estado emotivo, nos brinda significativa visión del mismo. Estas son sus palabras: "Los incentivos de la gloria, de la victoria, del laurel inmarcesible del triunfo, ocupan todo el corazón y no dejan lugar, para que invada al pensamiento, tristes presagios de peligros, de fatigas, ni de muerte" (10).

### 3. *Odisea mesopotámica.*

El general Wenceslao Paunero parte rápidamente hacia Corrientes el 24 de abril, llegando a Bella Vista el 4 de mayo e instala allí el Estado Mayor del primer cuerpo de ejército. La primera acción en que se ve comprometido es el ataque a la ciudad de Corrientes el 25 de mayo de 1865. Puede considerarse esta batalla como el comienzo de las operaciones que llevarán al Ejército Aliado hasta el corazón del territorio paraguayo. Al mismo tiempo, marcará la iniciación de jornadas interminables; gloriosas unas, miserables otras, todas quedarán marcadas a fuego en el espíritu de quienes actuaron en ellas. Junto a las tropas veteranas, se ubican aquellos que por primera vez deben enfrentarse con el sol y las lluvias tropicales, con padecimientos y enfermedades, con marchas forzadas por terrenos pantanosos, cuando se contaba con suficientes caballos, por caminos desiertos y sorteando esteros y bosques. El fantasma del hambre, acosando junto al enemigo, no se alejó casi nunca de esta valiente juventud, a pesar de los esfuerzos de quienes debían proveer al ejército. Sin contar con bastantes vapores; a veces era uno sólo el que se encargaba de llevar los elementos necesarios desde Buenos Aires hasta donde estaban las tropas, y sin que el dinero alcanzara frecuentemente para cubrir primeras necesidades, los jefes militares tenían que luchar contra la adversidad improvisando todo.

El gobierno argentino sufría junto a sus hijos las penurias de la guerra. Ni el vicepresidente Marcos Paz fue ajeno a ellas. A mediados de junio de 1865, el comandante Juan Bautista Charlone le escribe, poco después del ataque a Corrientes:

"...En el combate del 25, sólo he cumplido mi deber, y cuando escribí a V. S. de la conducta del joven su hijo, no me guió, Sor., otro móvil, que el de hacer justicia á ese bravo y simpático joven, por el que he concebido gran aprecio..." (11).

(10) FOTHERINGHAM, *La vida de un soldado, etc., cit.*, I, 66.

(11) ARCHIVO DEL DR. MARCOS PAZ, *cit.*, IV, 13, J. B. Charlone a M. Paz, Esquina, 12 de junio de 1865.

Ya comienzan los hijos de Buenos Aires a descollar en el campo de batalla, y es la primera acción en que comprometen su hombría y su honor. El bautismo de fuego no fue tan fácil sin embargo. Como muchos de sus compañeros, el joven hijo de Marcos Paz, sufrió los efectos de la batalla. Vicente F. López le manifestó al vicepresidente su aprecio por el arrojo del joven Paz y el pesar que sentía, por las heridas que éste recibiera en la lucha <sup>(12)</sup>.

Comenzamos a descorrer el velo que cubre las penalidades de los hijos dilectos de esta tierra argentina. El Dr. Angel M. Donado, desde Paraná, piensa que todo argentino debe ofrecer lo que tenga: "Ya que mi enfermedad... me impide hacerlo en campaña, no puedo hacer más que ofrecer mis servicios en el Hospital de Sangre que aquí se establezca" <sup>(13)</sup>.

Problema grave para el Ejército Aliado será la atención de estos enfermos. No sólo deberá atenderse a los heridos que las acciones bélicas producen, sino a aquellos que por las condiciones en que se realiza la guerra, ven minada su resistencia física. León de Palleja, distinguido jefe uruguayo que integra el ejército de vanguardia bajo las órdenes del general Flores, se queja de la situación que deben soportar:

"...Estamos recargados de enfermos. Los frios por un lado, la carne cansada y flaca por otro, originan muchas enfermedades, que pudieron evitarse con una buena administración militar, que es el principio vital en los ejércitos..." <sup>(14)</sup>.

Las constantes marchas por terrenos húmedos o barrosos, producen serios estragos en la salud de tropas y oficiales; en muchos casos, infecciones, heridas y gangrenas dan lugar a casos de delicadas intervenciones quirúrgicas. La escasez de abastecimiento de carne en buenas condiciones ocasiona el brote de disentería. El sol que cae a fuego sobre los soldados y la reverberación de sus rayos en los bañados y esteros, provocan insolaciones y fiebres. El general Gelly y Obes, jefe del Estado Mayor del ejército argentino, no pudo intervenir en el combate del 31 de enero de 1866, por estar atacado de colerina <sup>(15)</sup>. El inglés Fotheringham aclara por que debió regresar a Corrientes, estando ya cerca de Paso de la Patria:

<sup>(12)</sup> *Ibidem*, IV, 13, Vicente F. López a M. Paz, Buenos Aires, 16 de junio de 1865.

<sup>(13)</sup> *Ibidem*, IV, 15, Angel M. Donado a M. Paz, Paraná, 17 de junio de 1865.

<sup>(14)</sup> PALLEJA, LEÓN DE, *Diarios de las campañas de las fuerzas aliadas contra el Paraguay*, en Biblioteca Artigas, Colección de clásicos uruguayos, vol. 29, Montevideo, 1960, t. I, pp. 20-21.

<sup>(15)</sup> ARCHIVO ELIZALDE, leg. 9, Juan A. Gelly y Obes a Rufino de Elizalde, Ensenadita, 2 de febrero de 1866.

"...Esa marcha a través de las dos provincias, el viaje en un cascajo viejo desde el Rincón de Zeballos á Corrientes con una herida infectada y fiebre consiguiente, medio convaleciente aún, la gloriosa (?) vida de campamento, el cielo por techo y por cama el suelo; y á la mañana carne flaca con la variante de idem á la noche por todo alimento; todo esto reunido y tomando á dosis enérgicas y repetidas, no eran muy á propósito para regenerar la nutrición ó la vitalidad nerviosa y demás debilidades y anemias que el célebre Malesci, afirma restablecer con su Hiperbiatina, de larga fama. Estaba muy aniquilado..." (16).

A comienzos de enero del año siguiente (1866), José de Elizalde, en una correspondencia hasta hoy inédita, escribe a su hermano, el canciller de Mitre, desde el campamento de San Cosme, diciéndole que estuvo enfermo de anginas en Corrientes, pero que volvió al campo de operaciones "por no incomodar á nadie" (17). Numerosos ejemplos podríamos agregar con casos semejantes. Urgentes medidas debían tomarse. El 14 de agosto de 1865, el ministro del Interior, Guillermo Rawson, había notificado al general Mitre sobre la creación de una comisión sanitaria a imitación de la surgida en Estados Unidos durante la Guerra de Secesión. Su fin sería estudiar los elementos con que contaba el servicio médico militar y el estado de los hospitales de sangre, que estaban sobre los ríos Uruguay y Paraná (18). Era una urgente necesidad proveer al ejército de los recursos imprescindibles para el cumplimiento del cuidado sanitario. Mitre, el 30 de agosto, pide se alisten camas por que están esperando de un momento a otro la llegada de heridos del ataque a Uruguayana, y declara que no hay ni una sola. Exige que se las envíen de a veinte, cincuenta o cien, pero que sea rápido. En esa misma carta pide también que regrese un cirujano que se ha ido con heridos a Buenos Aires, porque cuentan con *un sólo médico*, y éste de avanzada edad. El hospital de Concordia, base y depósito de todo el ejército de operaciones, no tiene capacidad "ni para seis mil hombres en condiciones normales, aún suponiendo que no haya un solo herido" (19). ¡Qué distancia para aquella juventud porteña, entre el estado actual y los días de bullicio y sana alegría del pasado! Todas las comodidades quedaban atrás, los cuidados maternos y las sonrisas despreocupadas de la edad irresponsable; ahora sólo deben esperar que quienes tienen la obligación de suministrar los recursos inherentes a su mantenimiento, cumplan con su deber. Los pedidos de los jefes se suceden

(16) FOTHERINGHAM, *La vida de un soldado, etc., cit.*, I, 81.

(17) ARCHIVO ELIZALDE, leg. 9, José de Elizalde a Rufino de Elizalde, Campamento de San Cosme, 4 de enero de 1866.

(18) ARCHIVO DEL GENERAL MITRE, *cit.*, V, 1416, Guillermo Rawson a B. Mitre, Buenos Aires, 14 de agosto de 1865.

(19) *Ibidem*, V, 271-272, B. Mitre a Marcos Paz, Concordia, 30 de agosto de 1865.

insistentemente. Otra vez, Gelly y Obes, reclama que no se los deje librados a tan incierta situación,

"...Hace como dos meses que he pedido medicamentos con urgencia y nada de venir, sin duda por que se pide mucho y no se puede gastar tanto. El 14 llegué á este campo de la ciudad de Corrientes y me encontré con que se había desarrollado esa peste, según dicen los médicos epidémica y que no había en los hospitales ni medicamentos ni con que alimentar los enfermos..."

Se proveyó a la situación, tomando de los vivanderos lo que se encontró, para remediarla.

"...Por medicamentos mandé un carro de caballos el 18 por la tarde con calidad de urgente despacho y aún no parece. La causa de esto ha de ser que en el hospital de Corrientes tampoco han de estar abundantes, y plata para comprar no hai y quien dé al gobierno acreditado por su fácil tramitación para los pagos, no se encuentran así nomás..."

La carta que transcribimos patentiza vívidamente los problemas que aquejan la sanidad del ejército argentino. El general Gelly y Obes no encuentra ya solución. Nada puede hacer él desde su distante puesto de jefe de Estado Mayor. Con todo, halla consuelo para su deprimido espíritu:

"...Los enfermos en este campo hoi son muchos pero felizmente no hai mortalidad..." (20).

En noviembre de 1865 se enviaron elementos: botiquines, medicinas, instrumentos de cirugía y útiles de hospital. El 29 de marzo de 1866 Rawson comunica una remesa de ocho médicos y materiales sanitarios (21). Poco a poco, y en la medida en que los medios con que contaba lo permitían, el gobierno argentino va cubriendo las necesidades que se presentan diariamente. Veremos posteriormente, al internarse el ejército en suelo paraguayo, como acuciarán los mismos problemas, agravados si cabe aún, por la distancia que mediará entre el centro proveedor, Buenos Aires, y el lugar de destino, Paraguay.

Volvamos hacia el ejército en su marcha a través de Entre Ríos y Corrientes. Las tropas de vanguardia avanzan lentamente y tal como lo dispuso el general Mitre, fuerzas de los tres países aliados se unen para formar este destacamento, cuyo fin es operar sobre el río Uruguay.

(20) ARCHIVO ELIZALDE, leg. 9, J. A. Gelly y Obes a R. de Elizalde, Ensenadita, 19 de enero de 1866.

(21) ARCHIVO DEL GENERAL MITRE, *cit.*, V, 27, G. Rawson a B. Mitre, Buenos Aires, 29 de marzo de 1866.



Penosísima será la marcha de estos hombres, no sólo al ir contra el enemigo que asola las costas del Uruguay, sino después, al retornar para integrarse al grueso del Ejército Aliado. El *Diario* de Palleja, narra con lujo de detalles los sufrimientos y las dificultades que afrontaron todos los soldados que se internaron en esas zonas anegadizas e insalubres por excelencia: "La marcha ha sido bastante incómoda por los malditos bañados que a cada paso se encuentran —dice el 26 de julio, refiriéndose a su paso por Entre Ríos el coronel Palleja, quien encontraba una sola solución,— "descalzar la tropa y hacer arremangar los pantalones y marchar de esta conformidad" (22).

Casi al mismo tiempo, el presidente de la República Argentina, ahora general en jefe del ejército, afronta la necesidad de avanzar desde el cuartel general de Concordia hacia el norte. Pero comienza a presentir ya los grandes inconvenientes a sortear: lluvias frecuentes y carencia de medios de movilidad. Así se lo expresa al vicepresidente, Dr. Marcos Paz:

"La estación extraordinariamente lluviosa, los arroyos crecidos, los ríos á nado, las caballadas débiles, no completos nuestros medios de movilidad, serán causas que puedan retardar nuestras operaciones... persisto que debemos ir al teatro de la guerra, donde podríamos alcanzar un triunfo seguro si tuviésemos tanta movilidad como tenemos fuerza y energía en nuestras tropas..."(23).

Fuerza y energía, dice Mitre. Pero es a mediados de julio que las tropas entrerrianas se sublevan en Basualdo, culminando con este acto aquel sentimiento de repulsa de los pueblos del interior hacia la lucha contra los hermanos de raza. Queda empero el espíritu firme y decidido de los bonaerenses, sumado a la fiera de los correntinos para la lucha. Testimonio de esta circunstancia dan Marcos Paz y Wenceslao Paunero, uno desde Buenos Aires y el otro desde Corrientes (24).

El ejército de vanguardia continúa su marcha con ánimo bien templado. Hay choques armados que resultan gloriosas victorias para la Triple Alianza. Los soldados argentinos del batallón "San Martín", hombro a hombro con los orientales y los brasileños, hacen frente a la adversidad del medio. Las lluvias continúan azotando los campos correntinos. El agua cubre los terrenos y cuanto los cubre: los cangrejales quedan invisibles e ignorándolo, allí ponen sus pies estos empeñosos soldados. "Al paso que vamos internándonos por Corrientes, se hace más intransitable el campo para la infantería; puede decirse

(22) PALLEJA, *Diario, etc., cit.*, I, 44.

(23) ARCHIVO DEL GRAL. MITRE, *cit.*, V, 235, Mitre a M. Paz, Concordia, 10 de julio de 1865.

(24) *Ibidem*, V, 242, M. Paz a Mitre, Buenos Aires, 17 de julio de 1865. Con respecto a los correntinos, véase ARCHIVO DEL DR. MARCOS PAZ, *cit.*, IV, 40, W. Paunero a Nicanor Cáceres, s/l., 17 de julio de 1865.

que va la tropa todo el día chapaleando agua y fango y que sólo puede marcharse a patita pelada”, vívido reflejo de la dura realidad que se debe afrontar, son las palabras de Palleja. Estampa en su diario estas escenas... “Lo malo es que a lo mejor entra uno en un retazo de monte de ñandubay, cuyas espinas hieren los pies del infante o se pasan retabos de caraguataes, y entonces la cuestión pasa de los pies a las canillas y pantorrillas, que quedan rayadas. Se puede decir sin riesgo de equivocarse que cada jornada es un verdadero via crucis...”<sup>(25)</sup>.

Las adversas y casi constantes condiciones climáticas, impedían incluso el ataque al enemigo, como aconteció con la batalla de Yatay, que pensaba librarse el 14 de agosto y se postergó hasta tener buen tiempo. El campamento era un lodazal en donde los oficiales y la tropa debían moverse como podían, descalzos y adecuando sus vestimentas a la situación. Nada era fácil. Los campos estaban cada vez más pelados, y los caballos, sin pastos, cada jornada más débiles. Llegó el día en que, agotados en su resistencia física, los animales mueren de frío y hambre. Se pierde así buena parte del ganado utilizado para abastecimiento y transporte. Es imposible combatir el frío con fogatas, por que no hay ni un lugar apto en donde encenderlas, ni ramas secas con que prenderlas. En esos días hasta se produce el triste caso de la muerte de un infante argentino, como consecuencia de las inclemencias del tiempo. A todo esto debe agregarse la paralización de actividades que se produce a comienzos de septiembre en el ejército de vanguardia. Los días corren sin poder avanzar. El general Paunero —que está como refuerzo en el ejército de vanguardia— escribe a Mitre el 7 de septiembre, desde el campamento, situado frente a Uruquayana, punto que deben atacar. Recién finaliza el sitio el 18 de ese mes, agravado con problemas de falta de víveres. “Estoy malísimamente de proveedores”, dice Paunero. Los mismos no entregaban desde tiempo atrás “...una baca ni una ración de tabaco que recibo por favor del proveedor oriental, don Andrés Rivas”. Las fuerzas argentinas dependían aquí de la bondad y de lo que quisieran pedir como precio los comerciantes uruguayos<sup>(26)</sup>.

Como resultado del nuevo plan de operaciones de Mitre, poco tiempo después debe marchar hacia el oeste para unirse a todas las fuerzas aliadas el general Paunero, en la ciudad de Mercedes. Comienza nuevamente la tremenda prueba de atravesar la provincia de Corrientes. Más vidas, más animales muertos, menos provisiones. Queda evidenciada una dura verdad: el racionamiento de las tropas no debió basarse exclusivamente en carne vacuna, sino que debió recurrirse a una alimentación de índole variada, tal como se hacía en el ejército brasileño, en que los soldados recibían su ración de galletas,

(25) PALLEJA, *Diario, etc., cit.*, I, 53.

(26) ARCHIVO DEL DR. MARCOS PAZ, *cit.*, IV, 151, W. Paunero a Mitre, Uruquayana, 7 de septiembre de 1865.

fariña y arroz. Debieron argentinos y orientales comprar estos elementos a pulperos lugareños, quienes sabiendo que los soldados buscaban desesperadamente otra cosa distinta a la remanida y escasa provisión vacuna, elevaron artificiosamente sus precios. El citado Palleja describe esta anómala situación: "Los pulperos y trajinantes como aquí les llaman, nos desuellan y nos limpian los bolsillos en dos días", se refiere a los precios, "la arroba de harina vale 25 pesos, la de azúcar lo mismo, la de fariña, igual, todo lo más insignificante, hasta la sal se vende a peso la libra", finaliza con un juicio terminante. "Esta es otra calamidad interminable, mientras no se establezca un arancel general para todo el ejército aliado, esto es un saqueo espantoso..." (27).

De esta manera, a traspiés, debilitados orgánicamente, pero con el afán de enfrentar lo más pronto posible al enemigo que comienza a retroceder ante el avance, el ejército de vanguardia atraviesa dos o tres leguas de bañados, se interna luego en bosques y selvas casi impenetrables, franquea ríos y esteros para unirse a las fuerzas que comanda el general Mitre, ya sobre el río Paraná.

Las divisiones de Buenos Aires estaban en el segundo cuerpo de ejército bajo el mando del general Gelly y Obes. Había éste llegado a Concordia en agosto (el día 13) y estableció campamento en Ayuí Chico. Desde allí escribía a Marcos Paz sus impresiones sobre el futuro de la guerra, expresando con desazón que no irían muy lejos de donde estaban: "...Los campos están mas pelados que la calle del centro de la Plaza del 25 de Mayo y los caballos y bueyes en relación á esto" (28). Mientras los jefes de Estado Mayor tratan de estudiar las operaciones a combinarse, los jóvenes soldados y oficiales viven la realidad que los circunda. Fotheringham, con el grado de subteniente, se encuentra en Ayuí Chico y observa el cuadro que ofrecen las tropas argentinas:

"...Un lindo campamento, ó al menos así nos parecía, el de las fuerzas argentinas, sobre el Ayuí Chico. Campo ondulado y boscoso; agua pura, abundante: un buen humor general, exuberante como la naturaleza. Ejercicio tarde, mañana y noche. No conozco nada mas lindo que un gran campamento militar en tiempo de guerra, con serio objetivo al frente; y á retaguardia, la esperanza y la ansiedad de un pueblo..." (29).

Bien pronto los hechos empalidecieron tanto optimismo. El general Gelly y Obes también marchó a Uruguayana llevando parte de sus efectivos. Afrontó, al igual que Flores y Paunero, las tormentas y la falta de provisiones. El 14 de septiembre escribe a Rufino de Elizalde, ministro de Relaciones Exteriores, refiriéndose que habían

(27) PALLEJA, *Diario, etc., cit.*, I, 53.

(28) ARCHIVO DEL DR. MARCOS PAZ, *cit.*, IV, 99-100, J. A. Gelly y Obes a Marcos Paz, Ayuí Chico, 17 de agosto de 1865.

(29) FOTHERINGHAM, *La vida de un soldado, etc., cit.*, I, 71.

perdido ochenta bueyes del tren, después de una tormenta. Con tono de despecho e impotencia, agrega: "...A la distancia y hechando planes al deredor de una mesa en que se veve y se fuma buenos habanos, todo se pone á un lado porque estorba..." (30). No estaba en sus manos conjurar tan graves problemas.

La razón de estas palabras era que Gelly y Obes pedía elementos a Buenos Aires, y de ésta no se enviaban con la celeridad que era de desear. Justamente por esos días, el presidente provisorio de la Nación, Marcos Paz, escribía al gobernador de Tucumán, José Posse, sobre la provisión de equipos para el ejército: "Aún no hemos terminado de vestir todos los soldados y ya el general en jefe nos pide muda para los primeros cuerpos que marcharon" (31). El gobierno se encuentra asediado por los pedidos constantes del ejército y la tardanza de quienes se encargan de proveer al ejército apareja un acopio de reclamaciones, como la ya mencionada del general Gelly y Obes. Sin embargo, Buenos Aires no ceja en su empeño y hombres no faltan nunca: ahora, en octubre de 1865, el hijo del senador Pedro Urriburu—salteño de origen, pero asimilado a la vida porteña— marcha a incorporarse al primer cuerpo de ejército. Es que el espíritu de la juventud porteña continúa aún como en el primer día, animoso y con ansias de contribuir con lo máspreciado que posee: su vida misma.

Las fuerzas que estaban sobre el río Uruguay parten hacia el oeste después de la rendición de Uruguayana (18 de septiembre de 1865). Uno de los jóvenes de Buenos Aires, el ya nombrado José de Elizalde, escribe sentidas cartas a su hermano desde Guaviyú, Villanueva, río Corrientes y otros puntos que tocan en la marcha, relatando las ocurrencias más importantes y los adelantos o problemas que surgen a diario:

"...Hemos tenido dos días de lluvia y lo hemos pasado muy mal, no tenemos otro alimento que la carne, y esta es difícil cosinarla cuando llueve, es tan caro todo, que no es posible comprar nada, hoy día que por un pan piden 4 reales plata, y este es malo, pero aun así tenemos que comprar, todos los demás artículos están en esa proporción, deseamos con ansia estar en la costa del Paraná..." (32).

Las cartas continúan expresando los inconvenientes más dispares, como si fuera lo más común pasar quince días "...en el último estado de miseria", sufrir temporales de cinco días continuos en los que "...todo se nos mojó y las carpas se volaron...", esperar la

(30) ARCHIVO DEL DR. MARCOS PAZ, *cit.*, IV, 164, J. A. Gelly y Obes a Rufino de Elizalde, Gualaguaysito, 13 de septiembre de 1865.

(31) *Ibidem*, III, 220, Marcos Paz a José Posse, Buenos Aires, 8 de septiembre de 1865. El vestuario que solicita Mitre es de verano y piensa recogerlo por el Paraná en el término de un mes.

(32) ARCHIVO DEL GRAL. MITRE, *cit.*, V, 331, B. Mitre a M. Paz, Capihiquisé, 4 de octubre de 1865.

llegada al río Paraná para comunicarse más fácilmente con Buenos Aires y poder recibir elementos de allí, porque "... falta de las cosas mas necesarias para alimentarnos, hoy estamos que no tenemos ni sal, comemos sin ella hasen algunos días, no hay donde comprarla...". En la última pieza de esta correspondencia que analizamos, correspondiente al año 1865, hay una frase que nos interesa. Es la primera vez que aparece un deseo que paulatinamente se hará más ostensible:

"...El triunfo lo creemos seguro y pronto, *ya todos estamos deseando volver*, ha sido una travesía la que hemos hecho muy penosa, cuando no hemos tenido ríos que pasar, han sido inmensos bañados, por esto ha sido nuestra demora..." (33).

Este joven y con él muchos más, salieron de Buenos Aires con el afán patriótico de responder a un agravio infligido por un país extranjero; se alistaron rápidamente y partieron, pero las necesidades de la campaña los llevaron a recorrer leguas y más leguas antes de encontrarse con el enemigo. Hemos señalado los graves inconvenientes que afrontaron para cruzar las provincias de Entre Ríos y Corrientes, las penalidades que no pudieron sortearse, ya sea por no contar con los elementos suficientes o porque de ninguna manera podían evitarse dificultades como las lluvias, el sol candente y los esteros extensísimos. Fotheringham, nos vuelve a mostrar las condiciones en que estos jóvenes marcharon:

"...Hacia unos calores intensos. Bastante lo sufría uno con su capote terciado, espada, revolver, y, ¡ay de mí! con unas botas granaderas chuecas. No tenía otras. Y la tropa, con su fusil, mochila, pavas, asadores y que sé yo con cuanto cachibache, sudando grueso..." (34).

Era lógico entonces que comenzaran a pensar en la posibilidad de un retorno próximo a sus hogares. El soldado es alegre, imprime una natural jocosidad a su espíritu, pero en su fuero íntimo añora la paz serena del hogar lejano. Esta razón es la que mueve a muchos oficiales a pedir licencia para ver a sus recordados familiares (35). Piden en sus notas que los suyos no dejen de escribir y solicitan el envío de dinero o de efectos personales. No se quejan amargamente. Siguen adelante hasta donde sus jefes les ordenan, aunque sus corazones están con los seres queridos.

(33) ARCHIVO ELIZALDE, leg. 8. José de Elizalde a Rufino de Elizalde, Guaviyú, 19 de octubre de 1865.

(34) *Ibidem*, leg. 8, José de Elizalde a R. de Elizalde, Villanueva, 26 de octubre de 1865; *idem*, Campamento en marcha cerca del río Corrientes, 5 de noviembre de 1865; *idem*, Orma, 16 de diciembre de 1865. Las tropas se hallan a 6 leguas de la ciudad de Corrientes con rumbo al Paso de la Patria. Cree José de Elizalde que para fines de diciembre se encontrarán ya en Paraguay.

(35) FOTHERINGHAM, *La vida de un soldado, etc., cit.*, I, 77.

Los jefes continúan exigiendo más viveres. Cuanto más cerca están del Paraguay, más arrasados encuentran los campos, sin rastros de ganado y los estancieros venden sus reses por precios exorbitantes, a seis pesos fuertes por cabeza. La tropa debe conformarse en estas circunstancias con media ración, dos tercios de ración, o a veces nada. Desde Ensenada, en Corrientes, Wenceslao Paunero escribe a Marcos Paz en vísperas de la Navidad de 1865, y le revela sin ambages el estado en que se encuentra el cuerpo de ejército bajo su mando:

“...Digo que es verdad que se sufre mucho por falta de alimentos: [(y es la verdad)]. Penuria que se siente desde que pasamos el río Corrientes. Podría, y lo haré otro día, citarles los muchos días en que se (ha) pagado una sola res de carne y solo me limitaré a hablarle de los últimos cinco días...”.

Si bien dice Paunero cinco días, agrega que están en las tristes condiciones de alimentarse por mitades de ración desde un mes atrás. Procura explicar cuál es la razón de tales dificultades:

“¿En quién está la culpa? Claro es que en los proveedores, en la falta de prevision de los que deben velar sobre esto; no faltando quien asegure que es porque el ministerio ha rechazado contratos que se han celebrado a mas precio que los anteriores, sin tenerse presente que los ejércitos brasilero y oriental han hecho *subir* excesivamente los precios del ganado y caballos” (36).

El gobierno había firmado contrato el 14 de septiembre con los señores Lezama y Galván para encargarse el abasto del ejército, pero Mitre notificó a Marcos Paz que “...ni el señor Lezama ni ninguno de sus representantes ó agentes se ha dado por entendido de tal contrato, ni de la obligacion en que estaban de cumplirlo para con este ejército...”. El presidente provisorio ordenó una investigación para saber hasta qué punto era verdad todo esto, y se averiguó que el gobierno había pagado como si el ejército hubiera sido abastecido diariamente (37).

Todos estos inconvenientes provocaron el disgusto de Marcos Paz, al punto de que en posterior carta a Mitre le revela que si hubiera podido habría renunciado, por el dolor que le causaba sentir los

(36) ARCHIVO DEL DR. MARCOS PAZ, *cit.*, IV, 344, W. Paunero a Marcos Paz, Ensenada, 24 de diciembre de 1865.

(37) ARCHIVO DEL GRAL. MITRE, *cit.*, V, 21, Guillermo Rawson a B. Mitre, Buenos Aires, 22 de noviembre de 1865. El ministro del Interior no está de acuerdo con otorgar licencias: “...Prescindiendo del efecto que esto puede tener en el ejército mismo, pues que todos han de desear y solicitar igual favor, aquí también se sienten los inconvenientes de estas visitas...”. Rawson cree que las referencias a los padecimientos que sufren los hombres en la guerra, pueden otorgar elementos de valor para los ataques de los enemigos del gobierno.

padecimientos que sufría el ejército, mientras él nada podía hacer para evitarlo. Evidentemente pensaría el estadista en la suerte que estaría corriendo su propio hijo en el frente de guerra. Además, le llegaron noticias de casos de ofrecimiento de dinero a jefes argentinos para que si bien en los papeles figurara cierta cantidad de reses sacrificadas, las cifras verdaderas fueran menores. Con ello saldrían ganando los abastecedores y algunos oficiales, a costa del hambre de los jóvenes soldados. Patéticamente dice Paz que le informaron que los argentinos escapaban de su campamento para pasar al brasileño, en donde recogían las sobras de las comidas, para de esta manera saciar sus necesidades. El general Mitre se apresura a contestarle. No es novedad, dice, que falte la carne imprescindible hasta que el abastecimiento se regularice. El hecho de pasar dos o tres días sin comer es algo común en los ejércitos sudamericanos por el sistema de provisión deficiente. "... Así es que eso no ha debido sorprenderle, ni alarmarle, pues debió hacerse cargo, que si á usted á la distancia se le ocurrió la idea de renunciar por las penalidades de nuestros soldados en campaña, a mí que las sufro con ellos debió antojármese desertarme y pasarme al enemigo...", respondió con amargura. Trata el estadista argentino de inspirar confianza en su colaborador, pidiendo que retemple su espíritu con la conducta varonil de los hijos de la patria: niega que el soldado argentino vaya al campamento brasileño a recoger las sobras, y dice que esas son "exageraciones románticas" (38).

Paralelo al problema de los víveres, se desarrolla el del vestuario. Los uniformes, después de la odisea mesopotámica, están destrozados. Ya cuando cruzan el río Corrientes, en noviembre de 1865, Mitre solicita el envío de 1400 a 1500 vestuarios de verano para la división de los coroneles Payba y Reguera. En Buenos Aires se aprestaron los elementos necesarios, pero no sabiendo cuales eran los modelos o las prendas más adecuadas para el lugar donde iban a usarse, no acertaron en brindarles la comodidad y practicidad requeridas. El general Mitre, profundo conocedor de la psicología humana y del sentir de sus hombres, actúa con acierto para lograr la aceptación de los nuevos equipos. En tal sentido, vuelve a escribir a Marcos Paz:

"... Como decía á usted en mi carta sobre vestuarios, éstos no son como debían ser. Sin embargo, la necesidad que de ellos se sentía ha hecho que se acepten sin vacilacion. Los pantalones para la infantería de línea como son anchos, en algo se asemejan á la bombacha, y en cuanto á los go-

(38) *Ibidem*, IV, 362, B. Mitre a M. Paz, García Cúe, 4 de noviembre de 1865. Según Mitre, sólo Gelly y Obes recibía abastecimiento, aunque en últimas oportunidades muy irregularmente: "... que muchos días lo han tenido á media ración y casi en peligro muchas veces de atormentarlo con el hambre...". Los resultados de la investigación en *ibidem*, IV, 393-397, M. Paz a Mitre, Buenos Aires, 30 de noviembre de 1865.

rritos, tomé el primero que se me envió como muestra, cubriéndome con él, y con mis entorchados de general, di un paseo por el campamento, logrando popularizarlo y que se aceptase por todos. Están, pues, salvadas todas las inconveniencias que podían ofrecer, excepto la material de no ofrecer al soldado ni la más remota defensa contra los abrasadores rayos del sol en esta provincia" (39).

Sin duda, gracia y sorpresa al unísono, habrá causado a Marcos Paz la lectura de estos párrafos. Se lo confiesa a Mitre y para enmendar el error, envía sombreros de paja. El calzado también debe ser reemplazado y el general en jefe que sea francés, pues en tres veces más durable que el nacional. Se plantea entonces un problema de recursos financieros, que no estudiamos aquí por exigencias de espacio. Consideramos sin embargo, que con lo expuesto es posible captar la situación lastimosa en que se encontraba el ejército argentino, aún antes de pasar al territorio paraguayo. Las marchas forzadas realizadas con todo el equipo a cuestas, sin los suficientes medios de movilidad y frente a los problemas que la especial topografía correntina y entrerriana presentaron, sumado a la época de lluvias en que la campaña se realizó, más la deficiente provisión de alimentos que no pudo solucionarse en ningún momento, dan la pauta de los enormes sacrificios que realizaron los soldados y oficiales argentinos. Los de la campaña, más sufridos y acostumbrados a permanecer a la intemperie durante muchísimas jornadas de su vida civil, no sintieron probablemente demasiada diferencia en cuanto al ambiente. Pero los jóvenes de la ciudad, hechos a otra forma de vida y con disímiles costumbres, debieron sufrir doblemente. Los mantenía, sin duda, la fuerza del orgullo nacional herido y el empuje de su inquebrantable decisión de vencer.

#### 4. *Pasaje del río Paraná.*

El general Mitre concentra sus esfuerzos para dirigir todo el ejército, en forma combinada, hacia la frontera con el país que debía ser invadido. El lugar de partida para entrar en el Paraguay estaría cerca de la ciudad de Corrientes, sobre el río Paraná, pudiéndose contar así con el apoyo de la escuadra brasileña a las órdenes del almirante Tamandaré, y además con un aliado poderoso: el mismo río, vía de transporte para los elementos enviados por el centro de recursos, es decir, Buenos Aires.

A fines de 1865 están ya los integrantes de las fuerzas aliadas al nordeste de Corrientes. El próximo paso será el cruce del río.

(39) *Ibidem*, V, 432-433, M. Paz a B. Mitre, Buenos Aires, 30 de diciembre de 1865; *idem*, VI, 9-14, Mitre a M. Paz, s/l., 7 de enero de 1866. Mitre niega que se pague a los jefes de cuerpo para sacrificar menos ganado.



El 4 de enero de 1866, José de Elizalde da cuenta de la situación a su hermano, el canciller de Mitre, y le participa sus intenciones de retornar a Buenos Aires: "...Estamos a legua y media del Paso de la Patria, ya no nos moveremos de aquí sino para pasar al Paraguay: despues del primer echo de armas trataré de hir á esa, esto es, si es un triunfo definitivo...". Vana esperanza la del soldado; cuatro años más de luchas hablarían de su mal fundado optimismo. Tres días después vuelve a escribir y en sus palabras se advierten ya los efectos de las intensas jornadas vividas, penosas no por la inacción contra el enemigo, sino por afrontar el medio ambiente y la imprevisión de algunas autoridades militares: "...He recibido la ropa que me mandaste, la que me ha venido muy bien porque la necesitaba mucho...". Muy oportuno resultó el envío del vestuario realizado poco antes del pasaje del Paraná; menos ocasiones habría después para hacerle llegar lo necesario. Juzga José de Elizalde que

"...es probable que ya no necesite nada, pues vamos á pasar al Paraguay, y nos hiremos á cuerpo jentil, tendremos que dejar todos nuestros equipajes de este lado del Paso de la Patria, y no podremos llevar provisiones ningunas, porque si nos permitiesen esto, hiría el ejercito muy pesado, y segun nos dicen el terreno no se presta para llevar comboy...".

Medida acertada la del general Mitre: cuanto más livianos los soldados, mejor y más fácil sería la maniobra. Así lo testimonia el mismo corresponsal:

"...Estamos deseando que llegue el momento del ataque de Humaita, se empieza á hacer pesada la campaña. Por aquí sabemos que nadie se acuerda de nosotros, los únicos que se acuerdan son las familias, los que no tienen parientes en el ejército, desean que haya algun triunfo para tener ocaion de divertirse á costa de los pobres argentinos que mueran, y cuando regresemos nos tratarán de tontos...".

La vida militar hace estragos en quienes no están acostumbrados á recibir órdenes constantes de los superiores: "...Hemos sufrido tanto en esta campaña, primero en las privaciones y penurias, segundo tener que sufrir tantas voluntades y á nosotros que no somos militares nos hase mas efecto el abuso de los gefes...", comenta el jovn Elizalde (<sup>40</sup>).

Los días pasan sin que el ejército pueda concretar el cruce del río. La impaciencia corroe ya los ánimos de todos. Los jefes aliados

(<sup>40</sup>) *Ibidem*, IV, 398, B. Mitre a M. Paz, Rincón de Zeballos, 6 de diciembre de 1865; *idem*, V, 421, Mitre a Paz, Riachuelo, 21 de diciembre de 1865, en que pide calzado; ARCHIVO ELIZALDE, leg. 9, José de Elizalde a R. de Elizalde, San Cosme, 4 y 7 de enero de 1866.

no se ponen de acuerdo y el tiempo transcurre sin ninguna acción decisiva. Mientras tanto, los hombres esperan. Siguen los entretenimientos diarios, los pasatiempos alrededor del fogón en las noches frías o la búsqueda de la sombra protectora en los días abrasadores. Las alegrías se circunscriben a la llegada de la correspondencia y encomiendas, que traen las noticias de todo aquello que aman y extrañan y cuyo recuerdo se acrecienta con la distancia. El hijo de Marcos Paz soñó alguna vez con ir a Londres para estudiar ingeniería, pero ahora, en la tranquilidad del campamento de Ensenadita, escribe a su padre y le pide nada menos que libros. Desea leer a Vatel, a Maquiavelo, tratados de derecho, pues le señala: "... aquí no tengo mas libro que la táctica y bien sabe que no siempre se está en disposición de tomar narcóticos de esta naturaleza, porque sería asunto de hallarse continuamente entregado a Morfeo..." (41). ¡Qué lejos estaban del interés del joven universitario e improvisado soldado, las voces de mando y las operaciones estratégicas propias de un militar de carrera!

El mariscal López, al enterarse de que el ejército de la Triple Alianza se encuentra frente a Paso de la Patria y próximo a cruzar el río Paraná, envía continuas partidas con el fin de hostilizarlo. En las sombras de la noche, los botes paraguayos se deslizan desde una costa a otra, trayendo a bordo 100 ó 200 soldados que posteriormente se duplicaban con el característico ardor guerrero de los hombres de la nación vecina. Conocido es el coraje de que hicieron alarde las tropas de López durante todo el conflicto, despreciando generosamente la vida en aras del ideal hegemónico alentado por el dictador. No se limitaban las acciones de guerra al simple choque de las fuerzas armadas; López, mediante publicaciones que daba a luz *EL SEMANARIO*, diario oficial del Paraguay, quiso quebrantar la unidad del ejército aliado con denuestos e infundios. La propaganda de *El Semanario* de Asunción intentó a viva fuerza evidenciar posibles desinteligencias de los aliados: "... Entre tantas desavenencias de los asociados, las enormes desercciones que sufren, el disgusto de sus soldados que pasan días sin comer por falta de ganado, son síntomas que no dejan de serles alarmantes...", publicó en febrero de 1866 (42).

El 31 de enero de 1866 se produce un combate entre paraguayos y argentinos. La segunda *división Buenos Aires* empeñó sus efectivos y su esfuerzo para repeler al invasor: 128 jefes y oficiales y 1751 hombres de tropa —según datos del coronel Juan Beverina— se enfrentaron a 1200 infantes respaldados por una batería de artillería. El resultado fue incierto y no significó un adelanto en las operaciones para los aliados. Fotheringham describe esta acción librada en el Paso de la Patria: "... El norte, coloreado de paraguayos que se

(41) ARCHIVO DEL DR. MARCOS PAZ, *cit.*, V, 867, Francisco Paz a Marcos Paz, Ensenadita, 2 de marzo de 1866.

(42) TALAVERA, NATALICIO, *La guerra del Paraguay*, Buenos Aires, 1958, p. 14.

btían desesperados. Fué una lucha encarnizada; algunos soldados del 5º tiraron el fusil y sacaron el facón, que casi todos llevaban, como recuerdo del 'pago', se trezaban con los demonios aquéllos y quedó el tendal de muertos y heridos...". Otros hombres, de extracción ciudadana, también aportaron su valor al combate: "...el mayor D. Dardo Rocha se distinguió por su bizarría y entusiasmo... avanzando á la cabeza del 5º, blandiendo la espada gritó ¡Adelante muchachos, viva Buenos Aires!", recuerda el citado autor (43). Fueron heridos los comandantes Keen y Miguel Martínez de Hoz. Se había recomendado a los integrantes de la guardia nacional no atacar precipitadamente y en desorden, para no perder de esa manera las disposiciones tácticas y planes estratégicos de los jefes. Pero el viril entusiasmo de los soldados les hizo atropellar al enemigo, impulsados por los vivas a la Nación Argentina. El hermano del canciller de Mitre, José de Elizalde, narra su disgusto desde el campamento de San Cosme, informando que ignora las pérdidas y que se calculan en 220 los heridos alojados en los hospitales. Con acritud se queja "...que tengamos que lamentar tantas pérdidas inutilmente, sin que hubiese mas objeto que adquirir glorias los jefes de esta empresa, algun día han de ser juzgados muy severamente por la opinion publica...".

A su vez, Gelly y Obes informa al mismo Rufino de Elizalde desde Ensenadita, que las pérdidas alcanzaron a 90 muertos entre jefes, oficiales y tropa, 250 heridos y 50 contusos. Los paraguayos caidos en la batalla sumarian 600, según cálculos aproximados que consignó (44).

Esta acción dio lugar a que en la orden del día 5 de febrero, el general en jefe Bartolomé Mitre elogiara el desempeño de la 2a. *División Buenos Aires*, disponiendo que se rindieran honores a los caidos el 31 de enero y recomendando que en los combates siguientes no se prodigarán hasta tal extremo "porque la verdadera gloria consiste en vencer con el menor sacrificio posible".

Poco antes de este hecho de armas, Palleja, el ya mencionado militar uruguayo, estampaba en su *Diario* la opinión que le merecía la Guardia Nacional de Buenos Aires. Los orientales estaban más unidos a los argentinos que a los brasileños, por razones de larga tradición histórica y comunidad de origen. Conocía entonces el jefe del batallón Florida la clase de hombres que componían aquella Guardia Nacional. Así es como encomia a este cuerpo "...cuyo personal es de jóvenes delicados que olvidan sus antiguas comodidades y no se acuerdan más que de igualar en un todo a los veteranos, tanto en la instrucción, como en las fatigas y peligros. Son los verdaderos

(43) FOTHERINGHAM, *La vida de un soldado, etc., cit.*, I, 79-80.

(44) ARCHIVO ELIZALDE, leg. 9, José de Elizalde a Rufino de Elizalde, San Cosme, 6 de febrero de 1866 y J. A. Gelly y Obes a R. de Elizalde, Ensenadita, 4 de febrero de 1866.

soldados de una República libre e ilustrada, donde el ciudadano comprende su misión y la llena con heroísmo...".

Conceptúa que no son ya aquellos hombres que compelidos por la fuerza como en épocas pasadas, los que integran esta Guardia Nacional, aquellos que eran enviados a las provincias y a la Banda Oriental en expediciones punitivas; ahora

"...son batallones de ciudadanos de todas las clases, que salen al llamado de la Patria en peligro a vindicar su honra y su dignidad. Con el mayor placer consigno en este Diario el tributo de admiración y respeto que me inspiran estos cuerpos de Guardia Nacional argentinos, cada vez que tengo la suerte de verlos; debe estar orgullosa la nación que cuenta con tales ciudadanos..." (45).

Reciben así los fogosos soldados porteños el elogio de un militar avezado y capaz, conocedor de las aptitudes castrenses y apto para vislumbrarlas en quienes las posean. En él no son simples palabras de retórica, sino una verdad incuestionable: la Guardia Nacional de Buenos Aires será improvisada e inexperta, pero lucha con el alma y con el corazón, sosteniendo en este caso con las armas, el sentimiento de la argentinidad ultrajada.

Interminables continúan los días en el litoral correntino. Las operaciones combinadas entre el ejército de tierra y la escuadra no se realizan en las fechas planeadas por la demora de esta última. Los oficiales y soldados ya no saben qué hacer ni qué pensar. José de Elizalde resume en una frase el sentir de todos los que allí se encuentran: "...Cuándo vendrá Tamandaré para dejar de aser un papel ridiculo la escuadra de nuestros aliados..." (46).

A fines de febrero de 1866 llega la escuadra a Corrientes, pero no está dispuesta a operar de inmediato contra el enemigo. La inacción llega al punto de permitir que tres barcos paraguayos pasen por Paso de la Patria y permanezcan varios días en Itatí sin poder hacer nada para hostilizarlos. A mediados de marzo los generales Mitre y Venancio Flores reconocen el terreno para decidir cual será el paso más accesible para el cruce del río. Sólo a comienzos de abril, la escuadra se moviliza dirigiéndose aguas arriba por el Paraná en un nuevo estudio del terreno y el 10 se libra un combate frente al fuerte paraguayo de Itapirú, favorable a los aliados. Por fin, el 16 de abril de 1866, tres días después de cumplirse un año del ataque paraguayo a Corrientes, las tropas aliadas comienzan la operación del pasaje del río Paraná, operación que concluirá el 18 con resultados satisfactorios.

Terminan así los sinsabores de los soldados en territorio argentino. El abastecimiento había mejorado, aunque en marzo Mitre se

(45) PALLEJA, *Diario, etc., cit.*, II, 12-13.

(46) ARCHIVO ELIZALDE, leg. 9, José de Elizalde a R. de Elizalde, Corrientes, 16 de febrero de 1866.

quejó a Marcos Paz de padecer nuevamente la escasez de carne. El general Flores auxilió en esa oportunidad al ejército argentino, pero no era ésta la solución ideal para lograr la seguridad del abasto para las próximas operaciones. Es necesario tener en cuenta que el general en jefe debía asegurar por todos los medios el aprovisionamiento regular de sus tropas antes de decidirse a pasar a suelo extranjero. El 2 de abril Palleja vuelca en su *Diario* una de las razones de la demora en la marcha: "... Hemos permanecido en el mismo punto, lo mismo que el ejército argentino. Esta demora es ocasionada por la falta casi absoluta de hacienda para el abasto, que experimenta el ejército argentino..." El 4 de abril escribe que se le entregó al ejército oriental yerba, papel y tabaco, y que es entre los aliados, el que mejor abastecido está. Solamente durante dos o tres días durante toda la campaña les han faltado víveres. En cambio declara que "al pobre ejército argentino es al que le ha cabido la peor parte a este respecto; sus fornecedores no han sabido o no han podido corresponder a las necesidades del ejército..." (47).

Solucionados los problemas que impedían el cruce, se realiza la operación proyectada. Por fin van hacia adelante. Los días de inacción resquebrajaban ya la moral del ejército. Ahora, los esteros quedan atrás; enfrente, la selva densa del Paraguay recibe a los aliados. Nuevo paisaje se ofrece a los ojos ansiosos de quienes buscan la solución del conflicto para regresar al solar querido. No han probado aún hasta dónde llega el vigor y la férrea voluntad de triunfo del adversario, pero no están lejos los días en que tales condiciones se patentizarán en toda su verdad.

##### 5) *Ecos del pasaje del río Paraná en Buenos Aires. Desaliento popular.*

En Buenos Aires se recibe con alegría la noticia del feliz pasaje del río. "... El contento general se ha manifestado en proporción al largo tiempo que pasamos esperando por instantes alguna noticia", dice Marcos Paz a Mitre el 22 de abril. Y agrega la esperanza máxima: "... yo estoy persuadido que la terminación de la guerra está muy próxima y que ella ha de ser tan feliz como el paso del río..." (48). La difícil situación económica porque atravesaba el país y la intranquilidad política que reinaba en los círculos oficiales, tanto en Buenos Aires como en las provincias, pesaban sobre el ánimo del vicepresidente haciéndole desear con fervor la conclusión de este conflicto que alejaba al titular del poder ejecutivo.

(47) PALLEJA, *Diario, etc., cit.*, II, 158 y 163.

(48) ARCHIVO DEL GRAL. MITRE, *cit.*, VI, 76, M. Paz a B. Mitre, Buenos Aires, 22 de abril de 1866.

Otro acontecimiento traería el descontento porteño: la publicación del tratado secreto que complementó al de Triple Alianza, efectuada en Inglaterra por infidencia del canciller oriental Carlos de Castro al ministro de este país Dr. Lettson. Por sus cláusulas estipulaba que no cesarían los aliados en su marcha contra López hasta no lograr su retiro del Paraguay y la consecuente formación de un gobierno que traería paz e instituciones democráticas a la castigada nación. Se proclama entonces que los soldados argentinos no van contra el pueblo paraguayo, sino contra su opresor. Se busca lograr la redención de los hermanos sometidos a un gobierno destructor de libertades individuales y de derechos humanos. Pero el pueblo argentino no piensa así. Al ser rechazado el invasor del territorio nacional, quedaba vengado con creces el mancillado honor de la patria. Nada tenían ya que hacer los hijos del país en suelo extranjero. Debían volver para forjar aquí la estabilidad política, social y económica para su progreso dentro del cono sudamericano y frente a los adelantos mundiales.

La oposición al gobierno comienza a hacerse palpable con estos argumentos. Dentro de las provincias, que sabemos nada adictas a su participación en la guerra, y dentro de la misma ciudad de Buenos Aires, se escuchan las palabras de los descontentos. La batalla del 31 de enero había conmovido a los grupos sociales más importantes, porque en ella habían jugado la vida los hijos de muchas familias tradicionales porteñas. Se piensa que si hubo bajas considerables en el combate, muchas más podrían esperarse que las hubiera más allá del Paraná, en terrenos desconocidos y en medio de elementos hostiles, donde un pueblo dispuesto a todo, que luchaba hasta morir y atacados desde fortalezas que se consideraban inexpugnables los cercarían. El entusiasmo, antes tan vívido y alentador, comienza a declinar y la opinión pública abandona poco a poco el apoyo que brindara hasta entonces a las autoridades nacionales <sup>(49)</sup>.

6. "...Si los paraguayos hubieran tenido la bota de un general..." *Insuficiencia de medios de movilidad y problemas de sanidad.*

El dilema fundamental que debe afrontar Mitre en el Paraguay es el desconocimiento total del terreno en que deben realizarse las operaciones militares. Tan evidente es esto que en febrero de 1866 Fitz Maurice, un oficial inglés, ofrece sus servicios al general en jefe, con el fin de formar una avanzada de reconocimiento <sup>(50)</sup>.

<sup>(49)</sup> *Ibidem*, VI, 109, M. Paz a B. Mitre, Buenos Aires, 18 de julio de 1866.

<sup>(50)</sup> *Ibidem*, VI, 208, G. R. R. Fitz Maurice a B. Mitre, s/l., 8 de febrero de 1866.

Tendidos sobre las mesas del campamento aliado los planos del Paraguay resultaban de difícil comprensión para los jefes del estado mayor, que debían estudiar las cubiertas del terreno para hacerlas favorables a la estrategia militar. Fue éste un factor que pesó en alto grado sobre la marcha de la campaña, restándole la rapidez tan necesaria para sorprender y vencer al enemigo.

Los avances se vieron perjudicados asimismo por no contar el ejército con los recursos naturales en donde surtirse de elementos necesarios. López retrocedía dejando tras de sí la devastación y las ruinas. José de Elizalde informa sobre la situación del enemigo con datos proporcionados por un pasado paraguayo y dice: "... los paraguayos quemaron el pueblo donde tenían el campamento, solo ha quedado la iglesia y la casa del telegrafo..." (51). La desolación que los soldados encontraban a su paso, era agravada por los esfuerzos que realizaban para traspasar la intrincada y húmeda selva paraguaya y los inconvenientes que representaban las alimañas e insectos. Las moscas asediaban constantemente a los hombres en las jornadas de agobiante calor y en las cercanías de pantanos y bañados, los mosquitos pululaban incesantemente, cubriendo caras, piernas y brazos de quienes buscaban el descanso reparador tras la penosa marcha.

Poco tiempo después de penetrar en territorio paraguayo, se libra la batalla de Estero Bellaco, el 2 de mayo de 1866. Las pérdidas fueron considerables para ambos adversarios, iniciándose el encuentro con un sorpresivo ataque del ejército de López sobre los aliados acampados en un antiguo reducto enemigo. Presentaba el escenario perfecto para un ataque de este tipo, pues estaba cubierto de bañados que obstaculizaban los movimientos. Los paraguayos se lanzan con saña y los orientales de Palleja se defienden encarnizadamente. De pronto contrataca la caballería argentina, sin monturas, a lanzazos rápidos y mortales. Aunque llevan caballos sumamente cansados, los argentinos logran que el enemigo se retire. José Ignacio Garmendia, militar argentino que intervino en la campaña de Humaitá relatándola con pluma maestra, narra como fue el contrataque de Estero Bellaco: "... no cabalgando arroquantes y briosos corceles de cabeza altiva y jarretes de acero que piafan impacientes al retumbo del cañón, sino en escualidos iamelgos dignos del héroe manchego, de aquel loco ilustre..." (52).

(51) ARCHIVO ELIZALDE, leg. 9, José de Elizalde a R. de Elizalde, Itapirú, 27 de abril de 1866. Antes de cruzar el Paraná, los aliados tuvieron ocasión de conocer estos métodos paraguayos, cuando el enemigo se retiró de Itatí en el territorio correntino. Se notificó al gobernador Nicanor Cáceres del procedimiento seguido por aquel: "... en el pueblo han estado embarcando en los buques cuanto negocio y cosa útil han encontrado y matando las lecheras que no han podido llevar... sólo la iglesia no ha sido saqueada completamente...". (*Ibidem*, leg. 9, Manuel N. Sanches a Nicanor Cáceres, Chilin-Cue, 20 de febrero de 1866).

(52) GARMENDIA, JOSÉ IGNACIO, *Campaña de Humaytá. Pasaje del río Paraná el 16 de abril de 1866. Batalla de Tuyutí el 24 de mayo de 1866*, Buenos Aires, 1901, pp. 103-104.

Las pérdidas causadas fueron numerosas para ambos contendientes. El campo de la acción quedó cubierto de cadáveres, hombres perdidos en su mayoría por errores de los comandos respectivos<sup>(53)</sup>. Urgía ahora la rápida marcha del ejército aliado hacia el norte, para no dar lugar a la terminación de los trabajos defensivos del enemigo. Pero para esto era necesario contar con los medios de movilidad apropiados a la operación de avance y es aquí donde comienza a hacer crisis el estado ya deplorable de los animales, mencionado al citar las palabras de Garmendia. El 10 de mayo, expone al ministro de Relaciones Exteriores los problemas de esta índole que se presentan cotidianamente:

“...Para que no se sorprenda por la falta de caballos, sepa, que tanto aquí como en la ribera opuesta, se mueren los caballos que no comen mais, á los 15 días y á los 8 ya se cansan á las 6 cuadras. Con los bueyes y mulas sucede poco menos”.

La solución para Gelly y Obes era comprarlos al precio que pidieran los abastecedores del lugar, mas es preciso recordar que el país no estaba en las condiciones económicas más favorables, como para efectuar erogaciones de esta índole. El jefe argentino agrega con palabras sarcásticas: “...Si los paraguayos hubieran tenido la bota de un general, buenas noches, Dn. Simón!...”. Esta falta de caballos retrasará las operaciones bélicas: “si tubieramos caballos y si hubiese bueyes —prosigue Gelly y Obes— habría como mover parque y artillería sin mirar los que se mueren todas las noches...”. Posteriormente, al llegar a Yatayty, retoma el tema: “Creo que nuestra permanencia ha de ser por aquí de algun tiempo. No hai ni bueyes, ni caballos ni mulas. Lo que venga de Entre Rios, poco servirá, por cuanto ya llegan poco menos que inútiles y los de Corrientes, de la parte norte de su rio, no asoman...”<sup>(54)</sup>.

No sólo eran indispensables los caballos para avanzar, sino para combatir; de ahí la necesidad de conservarlos en el mejor estado posible. Las famosas cargas de los argentinos requerían fogocidad en el equino, cualidad intrínseca del caballo criollo. Pero las largas jornadas transcurridas bajo los efectos del calor sofocante y marchando

<sup>(53)</sup> Según BEVERINA, JUAN, *La guerra del Paraguay (1865-1870)*, Buenos Aires, 1943, p. 148, las pérdidas paraguayas fueron de 2.500 hombres, mientras que las de los aliados sumaron 1.552; THOMPSON, GEORGE, *The war in Paraguay*, London, 1869, p. 146, dá estas cifras: aliados, 8.000 muertos y heridos y paraguayos, 6.000 muertos y 7.000 heridos; GARMENDIA, JOSÉ IGNACIO, *Campaña de Humaytá, etc., cit.*, pp. 103-104, se lee: brasileños, 1.102 bajas, orientales, 400 y argentinos, 49.

<sup>(54)</sup> ARCHIVO ELIZALDE, leg. 9, J. A. Gelly y Obes a R. de Elizalde, s/l., 10 y 27 de mayo de 1866 y Yatayty, 16 de junio de 1866. Bartolomé Mitre comenta a Marcos Paz la falta de caballos y su aniquilamiento al avanzar en pos del ejército paraguayo. (ARCHIVO DEL GRAL. MITRE, cit., VI, 89-91, B, Mitre a M. Paz, Tuyuti, 31 de mayo de 1866).



entre los desniveles del terreno, sumado a la deficiente alimentación que recibían, trajeron consecuencias lamentables para la caballería, si se tiene en cuenta que "un soldado de caballería sin caballo, es lo mismo que un infante sin fusil", como acotó el mismo Gelly y Obes. No se podían emprender persecuciones contra el enemigo, porque los caballos no iban más allá de unos pocos metros, al extremo que las retiradas se realizaban *al trote*, pues la caballada no soportaba ya un intenso galope (55).

El 24 de mayo tuvo lugar el combate de Tuyutí, que constituyó un buen ejemplo de las consecuencias que ocasionó la escasez de caballos. Un testimonio de época lo registra: "... solo pudieron montar 97 hombres del regimiento 3 de caballería, incluso 20 hombres del escuadrón 8º y 93 del regimiento 1º de la misma arma, formando entre todos un total de 190 individuos de tropa, con los jefes y oficiales correspondientes, á las ordenes del coronel Vidal. El resto de esos cuerpos por falta de caballos, quedaron en su campamento..." (56).

A pie y lanza en mano, esperaron los bravos la feroz acometida de los paraguayos. Los enemigos mostraron en este combate singular arrojo y despegó a la vida. Bien pronto el campo y los bañados quedaron tintos en sangre. Cuando las horas de la muerte terminaron y mientras López hacía ejecutar música a sus bandas, los cadáveres de los hijos de Asunción formaron macabras piras de fuego.

La incertidumbre hizo presa de los amigos de quienes internados en el fragor de la batalla, se habían separado y cuyo destino se ignoraba. Fotheringham pinta en forma acabada este estado de ánimo:

"El entonces mayor D. Luis Maria Campos visitaba con frecuencia nuestro batallón donde tenía tantos amigos: Keen, Rocha, José H. Romero y Eulogio Enciso, todos porteños, eran amigos íntimos suyos desde la infancia, y al día siguiente del 24, el de su más glorioso comportamiento, (él que contaba tantos) vino á abrazar á sus amigos que revelaban todos intensa y sincera alegría al verlo sano y salvo..." (57).

Después de tan reñido combate, todos esperaron con ansiedad el resultado de la acción. Se conjeturaba y cada uno lo interpretaba de acuerdo a lo que había visto, pero nadie podía ofrecer una opinión que abarcase todo lo sucedido. Como compensación, estos jóvenes que habían expuesto su vida en el campo de batalla y habían sido actores de primer plano en él, esperaban leer la descripción de los sucesos en los diarios de Buenos Aires.

Mientras tanto, las nenurias de la campaña sequían acosando al ejército. Los jóvenes de Buenos Aires no estaban ya animosos como

(55) RODRÍGUEZ, ERNESTO, *Album de la guerra del Paraguay*, citado en GARMENDIA, *Campana de Humaytá, etc., cit.*, p. 210.

(56) *Ibidem.*

(57) FOTHERINGHAM, *La vida de un soldado, etc., cit.*, I, 103.

en los primeros meses de marcha: no eran ya los bisoños soldados de las jornadas iniciales, sino que llevaban sobre sus hombros la experiencia de más de un año de peripecias sin nombre y de padecimientos sin fin. A la falta de medios de movilidad, a la constante presencia del enemigo, al calor agobiante y a los insectos que asediaban a toda hora, debe agregarse la falta de medicinas indispensables para aliviar las heridas sufridas en el campo de batalla o las fiebres ocasionadas por la insalubridad del medio ambiente. José de Elizalde nos vuelve a informar sobre la penosa vida del soldado: "...estamos haciendo una vida terrible, hase mas de un mes que pasamos y hemos venido con lo puesto, y corriendo con los dedos, y así hemos de seguir, sabe Dios hasta cuando... marcharemos á cuerpo jentil, cuando nos mojemos se secará la ropa en nuestro cuerpo..." (58).

El jefe del segundo cuerpo de ejército, general Gelly y Obes, también escribe al canciller, reiterando los pedidos que ha realizado y que no se satisfacen cumplidamente: "El clima nos postra y por fortuna no es por ahora de mortalidad, la cosa pero sí, de tener de un 12 á 15 % de bajas por varias enfermedades, siendo la reinante la fiebre intermitente ó terciana...". Probado queda aquí el efecto que el clima riquoso del Paraguav producía en los hijos de la pampa. Continúa el jefe argentino: "...Hacen tres meses que estoy pidiendo 40 carpas para hospital y recién con fecha 3 me dicen que vendran por el siguiente vapor. Dios lo quiera. Quinina. nina, médicamente eficaz. Dios lo dé y cuanto menos se necesitan 20 onzas diarias...". Diez días después, el 27 de mayo, agrega con insistencia: "...En tres días los médicos han trabajado como animales. No hai una gota de cloroformo porque todo se ha concluido en el corte de brazos y piernas. La mayor parte á paraquavos prisioneros, vea que se mande pronto —dice a Elizalde— una buena porcion..." (59). Quinina para emplear contra la fiebre y cloroformo para usar como anestesia, eran los elementos más imprescindibles para el equipo sanitario argentino, según se desprende del dramático llamado de Gelly y Obes a las autoridades de Buenos Aires.

El 29 de mayo aún, el ejército en Yatayty no había recibido ningún envío de medicinas ni de ración para consumo de los animales, a pesar que las autoridades así lo comunican en notas oficiales. El 5 de julio, sin embargo, el comandante en jefe general Bartolomé Mitre escribe a Marcos Paz comunicándole que el estado sanitario del ejército es regular, y que los abastecedores cumplen con sus obligaciones "salvo uno que otro día escaso". Mitre siempre hizo gala, durante toda la campaña, de un optimismo y confianza encomiables y así lo transmitía a quienes escribía. Con otro espíritu y quizá con visión más

(58) ARCHIVO ELIZALDE, leg. 9, José de Elizalde a Rufino de Elizalde, Estero Bellaco, 18 de mayo de 1866.

(59) *Ibidem*, leg. 9, J. A. Gelly y Obes a R. de Elizalde, s/l, 17 y 27 de mayo de 1866.

directa de la realidad, Gelly y Obes reclama más auxilios en forma constante y cuando éstos tardan, los exige en forma imperativa y casi con acritud. Sabe empero agradecer los donativos que se producen en ocasiones imprevistas". Cábeme el placer de poner en conocimiento de V. E. el generoso donativo hecho por el señor don Mariano Cabal al hospital argentino, de veinte onzas de sulfato de quinina, con destino á los enfermos de dicho hospital", informa al general Mitre el 7 de julio <sup>(60)</sup>.

Tan grave como la falta de elementos sanitarios se presenta el problema derivado de la escasez de municiones para el ejército argentino. El jefe del tercer cuerpo pide insistentemente a Rufino de Elizalde "municiones, municiones de todo calibre, es lo que hace falta en abundancia" y en ocasiones se extiende más sobre el asunto:

"...Todo viene y á todo se ha provisto en el acto, pero el caso es, que aun está por llegar la munición, los grandes elementos de la provincia de Corrientes y de la de Entre Ríos..."

Otra vez, siempre presente el problema de la alimentación en la correspondencia de Gelly y Obes a Elizalde:

"...De esta ultima y en esta estacion, llegaron en perfecto estado y de no ser compondran con el mais en espigas en espigas que viene para economizar gastos y en su mitad (300 bolsas equivalentes por su tamaño á las anteriores bueno, picado y en estado de tirarse á 800) y de no, con la alfalfa (que ha de llegar) en mal estado segun el aviso del ministerio. De todo esto tome nota para sus sueños..." <sup>(61)</sup>.

Continúa la misma precaria situación para las tropas argentinas. Las agobiantes marchas entre la maleza de la selva o con el agua de los bañados empapando sus pies, o acampar por tiempo indefinido en los pocos claros que ofrecía el terreno, eran las disyuntivas que se ofrecían a los soldados. Constantemente sufriendo la falta de alimentación adecuada avanzando con incontenibles ansias de finalizar las operaciones bélicas, los jóvenes de Buenos Aires realizan esta campaña que será sin retorno para muchos de ellos. En este intento de mostrar las condiciones en que se desarrollaron las jornadas cruentas de la guerra, no tienen desperdicio las palabras de Fotheringham:

<sup>(60)</sup> ARCHIVO DEL GRAL. MITRE, *cit.*, IV, 192, J. A. Gelly y Obes a B. Mitre, s/l., 7 de julio de 1866. Cfr. también; *ibidem*, VI, 103-104, B. Mitre a Marcos Paz, Tuyuti, 5 de julio de 1866 y ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, Buenos Aires, *Archivo del coronel Alvaro de Alzogaray*, VII-1-4-1, Diego A. de Miranda a Alvaro de Alzogaray, Yataiti, 29 de mayo de 1866.

<sup>(61)</sup> ARCHIVO ELIZALDE, leg. 9, Juan A. Gelly y Obes a Rufino de Elizalde, s/l., 25 de mayo de 1866; *idem*, Yataiti, 21 de junio de 1866.

"...Qué raciones aquellas! Un pedazo de carne salada, (al menos decían que era carne) que parecía mas bien un pedazo de cuero de rinoceronte. Y dos galletas cada uno: «que arroje la primera piedra el que no tiene culpa» dijo el Señor: si hubiesen arrojado una galleta de esas de Curuzú, más mortífero hubiese sido el resultado!..." (62).

### 7. Curupaity.

El mariscal López, a pesar de la derrota que tuvo el 24 de mayo, no desmayaba en su encarnizada empresa. Constantes eran los ataques que pequeños cuerpos de paraguayos realizaban contra el frente aliado. Estos hechos mantenían al ejército en continua zozobra. Uno de los que vivieron esas horas aciagas, Enrique B. Moreno, narra el estado de ánimo sobresaltado común a todos: "Nuestra situación es endemoniada. No tenemos un día de sosiego porque á cada instante el campo está en alarma. El santo de antenoche, decía 'Prontos á pelear'. Lo estamos, vive Dios!..." (63).

Varias batallas se suceden: Yatayty-Corá, Boquerón o Sauce, Curuzú y Curupaity, desde julio a septiembre de 1866. La primera es un triunfo aliado llevado a cabo por fuerzas argentinas que contestan el ataque paraguayo. La segunda, Boquerón, tendrá gran significado para los orientales, pues en ella pierde la vida el jefe del batallón Florida, León de Palleja, militar valiente y siempre decidido a enfrentar peligros con ofrenda de su propia vida. Así murió, guiando a sus soldados hacia el camino de la gloria, por una causa que ya no le ofrecía mayor aliciente, según se infiere de la lectura de su *Diario*, en el que con fecha 4 de junio estampa: "...esta es una guerra de exterminio; guerra que no está ni con nuestros intereses, ni con los de la infortunada Nación paraguaya, digna de mejor suerte..." (64). Sinceras y casi postreras palabras de un español que se unió a los destinos del Uruguay y a cuya causa ofreció en holocausto su propia vida.

El 3 de septiembre se produce el ataque y la toma de Curuzú, poderoso conjunto de fortificaciones, que era necesario dominar para doblegar las más importantes de Curupaity. Esta última debía su importancia al hecho de estar dotada de baterías que dominaban el río y obstruían el paso de la escuadra brasileña. El plan de operaciones fue concebido haciendo intervenir primero a la flota para destruir las baterías y facilitar el avance posterior del ejército aliado con el fin de lograr la posesión del estratégico emplazamiento.

Todos se aprestaron para escuchar la señal que debía emitir la escuadra brasileña, que participaría que el camino quedaba expedito.

(62) FOTHERINGHAM, *La vida de un soldado, etc., cit.*, I, 116.

(63) ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Archivo del coronel Alvaro de Alzogaray*, VII-1-4-1, Enrique B. Moreno a A. de Alzogaray, Tuyuti, 7 de junio de 1866.

(64) PALLEJA, *Diario, etc., cit.*, II, 290.

Postergado ya una vez el ataque por las lluvias que anegaron el lugar, los ánimos se encontraban ahora inquietos. Reunidos los hombres a la espera de la orden de alarma, se miraban entre sí sonriendo, tratando de infundirse valor mutuamente. Rivas, Arredondo, Rosetti, Charlone, Alejandro Díaz (el único militar que había cursado su carrera militar en Francia en el afamado colegio de Saint Cyr), Luis María Campos y "Mansilla, jefe del 12, al más elegante, buen mozo, ante los muchos que lucharán ese día para recibir más tarde de la patria un agradecimiento por su valor desgraciado", esperaban con ansiedad la hora del combate, como recuerda Fotheringham <sup>(65)</sup>.

Valor a toda prueba, coraje sin límites, sin renunciamentos. Con Mansilla van Iparraguirre y Dominguito Sarmiento, aquel hijo adoptivo del futuro presidente, chileno de nacimiento, pero porteño de alma y argentino de corazón. Amado entrañablemente por Domingo Faustino Sarmiento que le dedicara famoso libro, escribió en él palabras plenas de emoción: "...Era el ídolo de todos. Una esperanza para la patria...". Su inquietud intelectual se reflejó en distintos quehaceres que lo distinguieron en horas tempranas de su existencia. Luego, llevado por su patriotismo, se alista entre quienes marchan a la guerra y por sus brillantes antecedentes es incorporado como capitán en el regimiento 12 de infantería <sup>(66)</sup>. Al dirigirse al campo de batalla de Curupaity, Dominguito se despide de Fotheringham con un afectuoso "Hasta luego, inglesito", sin saber que sus pasos lo encaminan hacia la inmortalidad. Un futuro mandatario de la nación también está presente: Julio A. Roca; sus compañeros de lucha son, entre otros, Francisco Paz y Leandro N. Alem.

Por fin se dá la orden de ataque y allí van los jóvenes y los hombres, avanzando confiados y seguros de una victoria que sería tal vez la última. Alberto Amerlán describe el trabajoso avance:

"El suelo estaba abierto por las lluvias abundantes de los últimos días y se precisaban indecibles esfuerzos para montar las piezas de campaña, sin embargo avanzó la infantería, provista de escaleras y gaviones en el mejor orden..." <sup>(67)</sup>.

Pero enfrente, las bocas de los cañones paraguayos, indemnes al bombardeo de la escuadra, aguardaban que las fuerzas aliadas se pusieran a tiro. Por entre matorrales y pantanos, argentinos, brasileños y orientales, marchaban acercándose a la que creían desguarnecida Curupaity. Todavía no se divisaban las líneas de las trincheras enemigas, hasta que al fin, vibraron los cuerpos de ejército: a su vista

<sup>(65)</sup> FOTHERINGHAM, *La vida de un soldado, etc., cit.*, I, 123.

<sup>(66)</sup> SOLARI, JUAN ANTONIO, *Dominguito*, *La Prensa*, Buenos Aires, 26 de junio de 1966, sección ilustrada, 1a. parte, p. 3.

<sup>(67)</sup> AMERLAN, ALBERTO, *Bosquejos de la guerra del Paraguay*, Buenos Aires, 1904, pp. 61-66.

se ofrecían ya los manchones rojos de los uniformes paraguayos. La marcha se apresura, el paso se aligera, como si por cada palmo de terreno paraguayo se acercaran al hogar lejano. Avanzan confiados unos metros más y comienzan a escucharse los cañonazos disparados desde las fortificaciones que se presumían desmanteladas. La sorpresa es grande, pero no por eso se desalientan las líneas de ataque. Se llega así a las primeras trincheras abandonadas por los hombres de López. El próximo avance debe vencer a los abatidos que quedan atrás, dejando los uniformes —los mismos que reclamaron tanto Mitre, Gelly y Paunero— en estado deplorable. Mientras los soldados tratan de escalar los espinosos parapetos, comienzan a hacerse sensibles los efectos de la metralla enemiga. Marchan las filas por campo liso, pero la vanguardia ya sobre el terreno cae totalmente aniquilada por los certeros disparos de los cañones paraguayos. Las filas que la siguen se entremezclan con los caídos, para ser abatidas pocos metros más adelante. Con todo, siguen adelante, incontenibles, hacia el foso que los llevará a la muerte. Detrás de ese foso el terreno sube y en la cima, las trincheras enemigas debían ser tomadas sin pérdida de tiempo para imposibilitar el contrataque. El foso comienza a teñirse de rojo con la sangre derramada por muertos y heridos. El espectáculo se torna dantesco; los que logran cruzar se asemejan a ángeles vengadores de los que quedaron atrás, con los ojos febriles, las manos cerradas, apretadas sobre el arma, el rostro cubierto de sangre y lodo. Ya no ven a sus compañeros que yacen destrozados, ni oyen a los que claman la muerte para no sufrir más. Su obsesión es continuar como sea, caminando, trepando, arrastrándose, pero acabar de una vez por todas con ese infierno rojo.

Cuando se escucha el toque de retirada, los argentinos vuelven atrás. Retroceden con la vista fija en Curuyaity, para no dar la espalda al enemigo. A poco, en virtud de haber recibido la información de que los brasileños habían logrado penetrar en las trincheras por la izquierda, se ordena nuevamente el ataque. En vano es todo empeño de vencer. A más de que aquella noticia es falsa, no había ya oportunidad de rehacerse, pues los muertos y heridos sumaban miles. El espantoso cuadro que circundaba al general Mitre lo decidió a ordenar, esta vez en forma definitiva, el repliegue de todas las fuerzas hasta Curuzú. Impotencia, rabia y dolor, debieron sentir los soldados que retrocedían en orden por el campo sembrado de miembros humanos y cuerpos despedazados, recogiendo a muchos de los heridos que cubrían el campo. Los paraguayos se encargarían después de exterminar a quienes con un hálito de vida, arrancando de sus flagelados cuerpos los uniformes que podían todavía ser objeto de utilidad<sup>(68)</sup>.

De los dieciocho mil valientes que partieron hacia la ambicionada culminación de la guerra, siete mil resultaron muertos o heridos en Curupaity. Muchos batallones argentinos habían perdido sus jefes.

(68) THOMPSON, GEORGE, *The war in Paraguay*, cit., p. 181.

Tanto el general Paunero como Emilio Mitre dan parte oficial de la dolorosa jornada. El primero, con escuetas cifras, indica en el suyo el saldo trágico de la batalla:

“Las adjuntas relaciones impondrán a V. E. —informa a Mitre— de las muy sensibles pérdidas que ha sufrido el 1er. cuerpo; ellas son: muertos, 4 jefes, 22 oficiales y 370 individuos de tropa; heridos, 8 jefes, 74 oficiales y 758 individuos de tropa y contusos, 1 jefe, 15 oficiales y 77 individuos de tropa”.

Lamenta Paunero las muertes de Manuel Rosetti y Alejandro Díaz y las heridas sufridas por Charlone, Manuel Fraga y 22 oficiales más de su cuerpo. También el general Emilio Mitre encomia a su hermano la conducta valerosa de sus hombres:

“V. E. sabe los prodigios de inaudito valor que los cuerpos todos del ejército hicieron en esa jornada. Es, pues, inoficioso que el que firma haga de ellos los elogios tan justamente merecidos. Basta dejar establecido que de los 3 batallones de este 2º cuerpo que cargaron sobre la trinchera, solo ha quedado en actitud de combatir una tercera parte de cada uno de ellos, para probar el denuedo y la bravura de que se hallaban animados y dieron sangrientas pruebas” (69).

La tragedia de Curupaity enluta también el hogar del vicepresidente Marcos Paz al conocerse la pérdida de su hijo Francisco. Tanto Mitre como Paunero le escriben llevándole consuelo y procurando mitigar su dolor. “Por mi parte —le dice Mitre— me queda la triste satisfacción de haberme acordado de él en medio del peligro, como si fuera su propio padre y de haber hecho cuanto me era posible, para salvarlo...” (70).

Por su parte, Sarmiento, que a la sazón se encuentra desempeñando el cargo de ministro plenipotenciario en los Estados Unidos, experimenta dolor semejante al de Marcos Paz. Sus colaboradores tratan de ocultarle por el mayor tiempo posible la desoladora noticia: su entrañable hijo Dominguito ha caído en Curupaity. Los periódicos de la nación del norte publican la lista de los muertos en la acción, pero se logra postergar por cinco días el relato del suceso. No es posible ocultar ya al vigoroso luchador la infausta nueva. Al conocerla, incapaz de sobrellevar la muerte del querido hijo, el hombre de temple sin igual, cae en el estado de la mayor postración y abatimiento (71). Meses después, en marzo de 1867, le escribe a su dilecto amigo José Posse, enviándole una fotografía del hijo llorado:

(69) SCHNEIDER, L., *A guerra da Triplice Allianca*, 2 vols., Rio de Janeiro, 1902, t. II, p. 372, parte oficial del combate de Curupaity por W. Paunero y p. 373, parte oficial del Gral. Emilio Mitre.

(70) ARCHIVO DEL GRAL. MITRE, *cit.*, VI, 141-143, Bartolomé Mitre a Marcos Paz, Yatayty, 4 de octubre de 1866.

(71) ARCHIVO ELIZALDE, leg. 9, Alberto A. Halbach a Rufino de Elizalde, Nueva York, 20 de diciembre de 1866.

"...Era una segunda edición de tu amigo, corregida i embellecida por los encantos de la juventud i las seducciones irresistibles que te dominaban a ti mismo a tu pesar, i te ponían chocho, cuando le oías contarle sus aventuras de muchacho travieso. Había nacido para acaudillar al pueblo i yo lo había preparado para hacerlo digno i noblemente. Todo se acabó!..." (72).

Desfilan las sombras de los que reían y se manifestaban con la sana alegría de vivir de la juventud. Permanecerán como recuerdo imborrable para los que quedaron, testigos impotentes de la masacre de Curupaity. En Buenos Aires, en Montevideo y en Río de Janeiro, fue enorme la repercusión tras derrota tan resonante de las fuerzas aliadas. En la ciudad del Plata, la multitud se hizo eco doloroso de este triste suceso y los comerciantes levantaron suscripciones para conseguir soldados de línea que se unirían al ejército nacional. Sin embargo, la flor de la juventud, aquellos enardecidos estudiantes que el 16 de abril de 1865 pedían que Mitre les entregara armas y equipo para luchar contra el atrevido agresor, ya no estaban presentes. Los que vuelven no son ya los impulsivos jóvenes de ayer, sino hombres templados con huellas imperecederas marcadas por el sufrimiento, las fatigas y el arma del adversario. La lucha y el dolor los ha madurado y otorgado una nueva y profunda dimensión espiritual. Los que quedaron en los campos del Paraguay, forman un conjunto luminoso que irradia con el brillo de sus hazañas, la claridad sublime del patriotismo nacional.

MARÍA HAYDEÉ MARTIN.

(72) ARCHIVO DEL MUSEO HISTÓRICO SARMIENTO, *Epistolario entre Sarmiento y Posse. 1845-1888*, Buenos Aires, 1946, 2 vols., t. I, pp. 166-167, Domingo F. Sarmiento al Dr. José Posse, Nueva York, 21 de marzo de 1867.